

Quiera el Padre de las misericordias trocar la corona de espinas que ha colocado sobre vuestro velo de esposa, por ahora en guirnalda de rosas y azucenas, y más tarde en diadema de brillantes estrellas, que os cerquen de fulgor divino por toda una eternidad.



## DISCURSO

PRONUNCIADO EL 22 DE DICIEMBRE DE 1886 AL RECIBIR LOS PRIMEROS VOTOS  
DE UNA HERMANA COADJUTORA DEL SAGRADO CORAZÓN  
Y ADMITIR EN EL NOVIADO Á OTRA  
DE IGUAL CATEGORÍA.



*Æqua pars erit descenditis ad prælium et remanentis ad sarcinas.*

Igual será la porción del que baja á pelear y del que se queda guardando los bagajes.

I. REG., XXX, 24.



Lo que primero atrae la atención de un profano al inspeccionar una máquina, son las piezas más ruidosas y de colosales dimensiones. Se fijan sus ojos, ya en la elevada chimenea, ya en el enorme cilindro, ya en la inmensa caldera. No sucede otro tanto con el ingeniero. Sus miradas se dirigen sobre todo á la válvula de seguridad, á los dientes de las ruedas menores, á las bandas que unen á éstas entre sí, á los tornillos casi invisibles que sujetan las diversas piezas. Ni un golpe en el cilindro principal, ni una abolladura en la rueda mayor, impedirán la marcha de la máquina; en todo caso, fácil es descubrir y remediar estos males. Por el contrario, un desarreglo en esas piezas pequeñas apenas perceptibles, es de más difícil compostura por lo mismo que no puede descubrirse pronto; y de aquí resulta que, lo que más insignificante parece al profano, es de vital importancia en la estimación del hombre del arte.

Otro tanto sucede en la máquina social. Quien ha sido colocado por la Providencia al frente de una nación, de un ejército, de una diócesis, de una comunidad, de una casa, ve los miembros que la componen bajo una luz muy diversa de la que alumbra al espectador indiferente. Éste se fijará de preferencia en las principales figuras, y creerá que, fuera de ellas, todo es superfluo, todo inútil, todo vano. ¡Error gravísimo nacido de la inexperiencia! El rey David que, como su adversario, había sido guerrero desde su juventud, *bellator ab adolescentia sua*, conocedor de los campos de batalla, y amaestrado desde temprano en el gobierno de los hombres, dictó leyes que duraron siempre en Israel, y que demuestran la importancia que atribuía en la guerra á esas figuras de poca monta al parecer, pero que en realidad contribuían á la victoria, tanto como el arrogante jinete que se lanza al asalto en primera fila, tanto como el certero flechador que no yerra un solo disparo. Que nadie desprecie, dijo, al que se queda en el campamento custodiando los bagajes, sin trabajo activo y en comparativa seguridad. Que de él no se olvide el justo caudillo al repartir el botín: igual ha de ser su recompensa á la del guerrero que se ha cubierto de gloria y heridas. Sin aquel humilde empleado, ni jinetes ni infantes habrían podido combatir y triunfar. ¿Qué habría sido de ellos sin municiones suficientes y pronto auxilios? ¿De dónde habrían sacado las fuerzas que necesitaban para la lucha, si no hubiera quien aderezara los manjares y tuviera listo el rancho para refocilarlos y el bálsamo para curar las heridas?

No de otra suerte, Hijas mías, acaece en esa pacífica

milicia en que os acabáis de alistar. ¡Oh! cuántas veces en medio de la vida de privaciones que por un tiempo me tocó soportar en mis dos primeras diócesis, por la dilatación del reino de Dios, suspiré por algunos de esos auxiliares, cuya misión é importancia tan altamente encomia el Venerable Padre Alonso Rodríguez, al hablar del fin é instituto de la Compañía á que perteneció! Sólo en circunstancias semejantes se aprecian en su justo valor los inestimables servicios de esos miembros humildes que en las comunidades religiosas se dedican á los trabajos manuales. Sin ellos, en vano querrá lanzarse el predicador á la conquista del mundo; en vano querrá el Apóstol, como Felipe Neri en Roma ó Francisco Javier en las Indias, pasar días y noches ocupado en obras puramente espirituales. En las regiones que acaban de abrirse en África al celo de los misioneros, mayor es la necesidad de conversos, de legos, de hermanos coadyutores, que de sacerdotes, maestros y doctos profesores. Sin los primeros, el trabajo de éstos sería estéril en aquellas bárbaras regiones, y se les mandaría á un inútil sacrificio, que sólo hacen fructífero los trabajos materiales de sus humildes colaboradores.

¿Pero qué necesidad tengo de llamar vuestra atención á los desiertos de África? ¿Quién más que los humildes legos de la religión de San Francisco, contribuyó á la conversión y civilización de estas comarcas? ¿No hizo más Fray Pedro de Gante con sus escuelas de primeras letras, que el mismo Arzobispo Zumárraga, con su imprenta y sus bibliotecas? ¿No civilizó más el beato Sebastián de Aparicio, recorriendo con sus carretas de bueyes el camino entre México y Zacatecas, y predicando

el Evangelio á su modo y en su escala, que mil doctos Prelados con sus libros, que no podían llegar hasta los salvajes? ¡Con cuánta justicia decía el Padre Maestro Ávila, que todo lo que hacen los miembros de una religión es ganar almas! El fregar escudillas en la Compañía (escribía una vez) es ganar almas, porque, como el fin de esta religión es ganar almas, y de la conservación y aumento de la misma depende gran provecho de ellas, todo lo que va ordenado para conservación y aumento de esta Compañía, aunque sea ejercitar los oficios más humildes, es convertir almas, y se debe hacer con grande consuelo.

Muy á menudo me resuenan en los oídos estas palabras del Venerable Padre Alonso Rodríguez: "Muchas veces pensará el predicador y el confesor, y el que va á ayudar á bien morir, que él hace el fruto; y hácele por ventura el compañero que le está encomendando á Dios, ó el cocinero que se disciplinó la noche antes del sermón, pidiendo á Dios Nuestro Señor se convirtiese algún alma. ¡Oh, cuántos hijos espirituales han de quitar los coadjutores á los predicadores y confesores que ellos piensan son suyos; y el día del juicio se verá que no son suyos sino de los coadjutores!"

Así yo también, Hijas mías, al rendir cuenta á Dios de las almas que me encomendara, me encontraré de seguro que no soy yo mismo el padre de muchas que me figuraba haber engendrado á Jesucristo. Paréceme oír á mi Ángel de guarda, decirme, abatiendo mi orgullo: "Te imaginas haber conservado la fe, y fomentado la piedad entre tu pueblo? ¡Cuánto te engañas, pobre Prelado! Aquellas dos humildes religiosas á quines diste ya

el velo negro, ya el blanco, en un día que he señalado para tí con piedra blanca para que pese en la balanza de tus buenas obras; aquellas dos humildes hermanitas, son las que han ejecutado en lugar tuyo esa obra de conservación y regeneración. Dedicadas á la enseñanza de la clase más pobre, infundieron en aquellas desheredadas el espíritu de piedad que llevaron primero al seno de sus familias, y después á los hogares en que les tocó prestar sus servicios. Crecidas estas niñas, dondequiera esparcieron el suave olor de su virtud. Fueron buenas hijas, buenas madres, buenas domésticas, buenas obreras. Por ellas se evitaron mil desórdenes, por ellas se propagó la religión.

"No te gloríes de la transformación en las clases elevadas de tu pueblo. Gracias á los oficios de esas dos humildes religiosas que tú vestiste, pudieron las demás dedicarse á los estudios, y dar una educación brillante á las niñas de la aristocracia. Mientras estas pobres siervas del Señor aderezaban la comida y limpiaban la casa, las otras podían, sin estos cuidados materiales, aprender más, estudiar más, enseñar mejor. Á ellas en último lugar se deben los buenos resultados de que tanto te ufanas."

No son quiméricas, Hijas mías, estas palabras. Á vosotras toca, correspondiendo á vuestra vocación, el hacer que llegue á decírmelas mi buen Ángel, sin omitir una frase ni alterar un ápice. Á vosotras toca el ponerme en situación de responderle: "Suyo es, en verdad, Ángel mío, el insigne mérito que les atribuyes; pero déjame al menos gloriarme de haber dado la bendición á sus místicas bodas con el Sagrado Corazón de Jesús; de haber

guiado sus primeros vacilantes pasos por el arduo camino de la perfección; de haberlas conducido al pie del altar en que consagraron al Divino Esposo su libertad, sus fuerzas, su vida.”

Dichosas sois, en verdad, Hijas mías, en vestir la librea de Jesucristo en tiempos tan aciagos. Á pesar de tantos obstáculos, espero que podréis seguir la senda de la vida religiosa sin que estorben vuestros pasos el áspid ni el basilisco, que con firme planta hollaréis. Acercaos á recibir vuestros velos; pero antes permitidme una reminiscencia de Santa Teresa, en cuya casa estamos, y á la cual es justo que consagremos un recuerdo en estos solemnes momentos.

Á los principios, quiso la gran Reformadora del Carmelo que todas las religiosas fueran iguales. La misma que cantaba en coro tenía que cuidar de la cocina; y la Priora soltaba la pluma con que estaba escribiendo á grandes Prelados para empuñar la cuerda y sacar agua del pozo. No tardó en convencerse que tal estado de cosas era insostenible, y que en todo cuerpo la mano ha de ser mano, y la cabeza sólo cabeza. Estableció, por tanto, la doble categoría que hasta hoy distingue á las carmelitas, ordenando que unas monjas fuesen de coro, y otras conversas, ó de velo blanco, como se llaman en el Carmen. ¿Y sabéis en cuál de las dos clases quiso alistarse la delicada señora, la prudente superiora, la doctora tan sabia que los más insignes teólogos no han podido superar, la hablista tan entendida, que ni el más ilustre académico puede escribir el castellano con la perfección que resplandece en sus obras? Su resolución era declararse hermana lega; y si no la llevó á cabo fué porque termi-

nantemente se lo prohibieron sus superiores. Pues bien, Hijas mías: lo que Santa Teresa no consiguió, á pesar de sus ardientes deseos, vais á alcanzarlo vosotras. Apresuraos á recibir de mis manos los velos de coadjutoras del Sagrado Corazón; y al aceptar la misión de cuidar de los bagajes mientras otras pelean en las primeras filas, regocijaos al saber que con menos penas y menores responsabilidades, vuestro galardón será igual; y decid con la sumisión de la Virgen de Nazaret: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según su palabra.*

